

Un futuro mejor para la Argentina

Desde hace muchos años Argentina está en decadencia; hasta se podría decir con una ironía desagradable que es un país “en vías de subdesarrollo”. De acuerdo a los sentimientos y a la ideología de cada uno, el desastre comenzó con el golpe de estado del 6 de septiembre de 1930, o con el peronismo (según los gustos en 1943 o en 1946), o con la caída de Perón en 1955, o con el fin del proyecto de sustitución de importaciones (y también, de acuerdo a los sentimientos y a la ideología de cada uno, esto puede haberse debido al “rodrigazo” de 1975 o al golpe militar de 1976, menos de un año después). Lo que es claro, en mi opinión, es que, a partir del golpe de estado de 1930, se produjo una crisis política que superó ampliamente las circunstancias económicas mundiales que facilitaron dicho golpe¹: el mismo gobierno de Justo, cuya eficiente administración sacó al país de la crisis, estaba teñido de ilegitimidad debido a su origen; que haya desperdiciado en 1937 la maravillosa ocasión de legitimar su sucesión haciendo fraude a la fórmula radical Alvear-Mosca, casi una garantía para la clase alta argentina en el poder, sólo se explica porque los odios políticos en Argentina superaron de lejos las divergencias de clase o económicas, al menos entre quienes tenían posibilidad de acceder al poder, y, además, indica una falta de visión estratégica respecto del futuro del país que se acentuaría cada vez más, hasta llegar a ser casi una componente natural de la política argentina.

Con la irrupción del peronismo en 1945-46, corolario de una política económica “distinta” a partir del golpe de estado de 1943, se inició un nuevo ciclo, llamémoslo por simplicidad “de sustitución de importaciones”² o, como diría por ejemplo Juan José Llach, “mercadointernista”, que, en esencia, con sus más y sus menos, duró hasta el “rodrigazo” de 1975 o, si se quiere, hasta el comienzo de la dictadura militar de 1976-1983. Y lo que es

¹ Facilitaron pero no determinaron. El golpe militar pudo haber fracasado fácilmente (en última instancia, fue llevado a cabo con los cadetes del Colegio Militar) y si triunfó fue debido al derrumbe administrativo del gobierno radical. En mi opinión, es un lamentable ejemplo (y no el único, en Argentina) del fracaso del personalismo: el radicalismo había encumbrado como presidente, por segunda vez, a un anciano de 76 años (edad bastante avanzada para esa época), y que hubiera tenido 84 al finalizar su período constitucional, debido a su incapacidad de encontrar (o, mejor dicho, de buscar) un recambio generacional.

² Eso, por supuesto, no quiere decir que no hubiera habido sustitución de importaciones antes del golpe de 1943. Pero a partir de 1946 la sustitución de importaciones dejó de ser una herramienta y pasó a ser un dogma.

interesante resaltar de esos treinta años de “sustitución de importaciones” es que, en cierto sentido, la política económica cambió poco, a pesar de que las inestabilidades políticas en Argentina fueron muchas³: Perón hasta 1955, la “Revolución Libertadora” con sus dos presidentes (1955-1958), Frondizi (1958-1962), Guido (1962-1963), Illia (1963-1966), los tres presidentes de la siguiente dictadura militar (1966-1973), los cuatro presidentes del período constitucional 1973-1976. Es decir, de nuevo: los enfrentamientos (de un nivel de violencia que presagiaban los de la siguiente y última dictadura 1976-1983) no dependían de tan fundamentales divergencias respecto de muchas cuestiones económicas⁴. Concretamente, desde el punto de vista económico no había mucha diferencia entre radicales y peronistas; por ejemplo, YPF era sagrada para ambas corrientes políticas (y para la izquierda también). Sólo una minoría agrupada alrededor del ingeniero Álvaro Alsogaray defendía postulados que hoy llamaríamos “neoliberales”. Tácita o explícitamente, había un plan económico, o al menos una idea respecto de las grandes líneas de la economía, que era aceptado por casi todos los agentes políticos del país, y que respondía a un “clima social” razonablemente homogéneo en ese sentido.

Ahora bien, dejemos de lado el período 1930-1943, en el cual, por un lado, una eficiente administración permitió, como ya comenté, salir de la crisis antes que muchos otros países (incluyendo en la excelente administración el vilipendiado tratado Roca-Runciman, que permitió la exportación de carnes argentinas a Gran Bretaña y contribuyó a la recuperación económica) y, por otro lado, hubo un hervidero de ricos análisis y propuestas económicas, incluyendo el famoso Plan Pinedo (que desgraciadamente no fue adoptado, en buena medida porque los radicales no estaban dispuestos a discutir nada si no se terminaba con el fraude electoral, o sea por razones mucho más políticas que económicas)⁵. Cualquier caracterización

³ O cambió mucho menos de lo que se puede suponer teniendo en cuenta dichas inestabilidades políticas.

⁴ Incluso se puede ver ex post dicha situación, hasta en sectores revolucionarios. Mucho después, cuando un conocido periodista de activa participación en la guerrilla montonera lamentaba cuánto había aumentado la desigualdad social en Argentina desde los dorados años de alrededor de 1973, se le podría haber comentado que en dichos dorados años él había tomado las armas para cambiar totalmente la estructura económica del país...

⁵ En mi opinión, si bien el conocimiento público (y discusión pública) del plan Pinedo es muy débil en la parte de la sociedad interesada (pero no especializada) en esos temas (por supuesto que los historiadores económicos lo conocen muy bien, y muchos economistas también, además de otros académicos, pero fuera de esos ámbitos reducidos es bastante ignorado), desde el punto de vista simbólico es probablemente tan significativo como el fraude electoral permanente en varias provincias en el período 1930-1943, y en particular el cometido contra la fórmula Alvear-Mosca en 1937. Ambos acontecimientos representan la falta

favorable de dicho período estaría manchada por la ilegitimidad de su origen (anulación en 1931, por parte del gobierno militar encabezado por el general José Félix Uriburu, de las elecciones en las que triunfó el radicalismo en la Provincia de Buenos Aires y, sobre todo, veto a la fórmula presidencial radical encabezada por Alvear unos meses después) y de su sustentación (el fraude electoral). A partir de 1943 (o de 1946, con mayor precisión) se inició ese período que, para simplificar, denominamos de “sustitución de importaciones”. Claramente ése fue un período de treinta años de crecimiento económico para toda la sociedad, y en particular para los sectores más postergados. A ese período sucedió el actual, en el cual, independientemente de la postura ideológica de cada uno, nadie duda de que el país entró en un proceso de retroceso -dejando de lado algunos episodios de años de cierto crecimiento rápidamente revertidos en los años siguientes- tanto relativo (en comparación con países que estaban muy por detrás de Argentina en esa época) como absoluto: obviamente la causa no es la actual pandemia (y estas líneas se podrían haber escrito sin cambios aunque no hubiera habido pandemia; la pandemia agudiza aún más una situación ya muy grave), sino que, a pesar de que disfrutamos de una democracia como nunca en nuestra historia (sin proscripciones, con una prensa absolutamente libre, con derechos humanos, si bien no siempre respetados, asimilados como “derecho natural” de todos los ciudadanos, con influencia marcadamente menor de la Iglesia, tanto por su evolución ideológica como por la notable disminución de su poder, y desaparición prácticamente total de la influencia militar), todas esas mejoras institucionales⁶ no se han traducido (todo lo contrario) en un repunte económico en paralelo al “repunte democrático”. Y esta decadencia tiene como correlato (¿causa? ¿efecto?) la falta absoluta de un enfoque económico medianamente aceptado por los agentes políticos y con una mínima estabilidad en su ejecución, a diferencia de como, curiosamente, lo fue la del período anterior a 1976.

En este sentido los indicadores, cualesquiera sean sus orígenes y fundamentaciones y las técnicas de medición usadas (que pueden provocar diferencias en los respectivos datos según el enfoque con el que se encararon), indican claramente que tenemos más desigualdad, más

de visión de una clase dirigente incapaz de mirar a largo plazo.

⁶ Naturalmente, no pretendo idealizar nada. Entre otros muchos defectos, sigue habiendo provincias feudales, y las diferencias ideológicas (o en muchos casos personales) contribuyen a una notable inestabilidad política y socioeconómica.

pobreza, más marginalidad, más informalidad, más desocupación, que en 1974. Pero aparte de los números están las vivencias: a partir de la crisis de 2001 el cartoneo se volvió masivo, y sigue estando en niveles muy superiores a antes de dicho año; concretamente, sin negar que lo hubiera antes, su incidencia y visibilidad eran muchísimo menores que ahora: cualquier persona que viaje en ferrocarril suburbano en el Gran Buenos Aires puede constatar el aumento vertiginoso de las villas de emergencia (o barrios populares, como se las llama ahora pensando que cambiando el nombre disminuye el problema) y de las construcciones en cada una de ellas.

Resumiendo, lo cierto es que tenemos muchísimos más indigentes, pobres y trabajadores informales que en 1974, una deuda externa enorme y una grieta, originalmente entre peronistas y antiperonistas, y actualmente entre kirchneristas y antikirchneristas (o entre macristas y antimacristas, dependiendo del enfoque que cada uno le dé⁷), que dificulta cualquier idea de compromiso o consenso. Y eso a pesar de que Argentina vive en democracia desde diciembre de 1983, o sea desde hace casi cuarenta años, y sin intentos de derrocamiento del gobierno constitucional desde 1990, o sea desde hace más de 30: nunca en la historia argentina hubo un período tan prolongado de institucionalidad, pese a la gravísima crisis económica y política desencadenada a fines de 2001.

Concretamente, en este momento la situación económica es la siguiente: existe una pequeña proporción de la población ocupada, menos del 10% según algunas estimaciones, que trabaja en actividades internacionalmente muy competitivas. Esencialmente, la agroindustria, las tecnologías de la información y comunicaciones (las TIC) y algunos sectores aislados, como puede ser Vaca Muerta cuando los precios del petróleo lo permiten. Luego existe alrededor de un 40% de población que trabaja en actividades industriales, comerciales y administrativas “formales y legales”, pero que, salvo algunos clústeres, no son competitivas internacionalmente, sea por usar un equipamiento que no es de última generación, o por tener malos planes de negocios, o por mala gestión, o por depender de recursos humanos de baja capacitación (o por varios de estos motivos juntos, o por todos ellos simultáneamente). Y el

⁷ Aclaro que no necesariamente quienes estaban de un lado y del otro de la grieta “vieja” son -personal o ideológicamente- los mismos que están de un lado y del otro de la grieta “nueva”,

resto de los ocupados (un resto que es, en términos absolutos y relativos, cada vez mayor) trabaja en actividades estructuralmente informales, muchos con apenas un nivel de subsistencia, debido a que no cuentan con capital cultural, capital simbólico, capital social, capital económico y/o capital financiero que les permitan llevar a cabo actividades de creación de riqueza o que agreguen valor. Y a todo esto se suma un país macrocefálico, con varias provincias que viven del empleo público, con una red de transporte obsoleta, con paulatino deterioro del medio ambiente (uso descuidado de agrotóxicos, expansión indiscriminada de la frontera agrícola y ganadera, desmontes, todo ello consistente con un modelo extractivista, que se sostuvo invariante desde el regreso de la democracia, más allá del péndulo político, debido al afán de todos los gobiernos por conseguir divisas en el corto plazo descuidando la “casa común”⁸).

Ahora bien, es usual (y no es errado) atribuir el derrumbe económico del país a la dictadura militar que, teniendo como preludeo el “rodrigazo” de 1975, a partir de marzo de 1976 implementó una política económica completamente distinta de la anterior, y que los gobiernos constitucionales posteriores no supieron, no quisieron, o no pudieron, revertir. Pero el huevo de la serpiente es previo a este abrupto cambio de política económica, y es importante tenerlo en cuenta. A pesar de las idealizaciones posteriores, el huevo de la serpiente que permitió esta decadencia está en los treinta años de sustitución de importaciones. El (absolutamente real) crecimiento económico no se tradujo en empresas competitivas internacionalmente (el “vivir con lo nuestro” o basarnos fundamentalmente en el consumo interno nos aisló bastante del progreso tecnológico mundial), el transporte (sobre todo el ferrocarril) se deterioró significativamente, las comunicaciones fueron un cuello de botella nunca subsanado (la posibilidad de tener teléfono era un privilegio que muchas veces ni siquiera se podía comprar con dinero⁹), y los servicios públicos brindaron en general

⁸ La crítica al modelo extractivista -extensiva también por supuesto a muchas actividades mineras- no significa de ninguna manera que se deba optar por el fundamentalismo ecologista (ni por ningún otro fundamentalismo). La crítica significa simplemente que los problemas ambientales y de contaminación tienen que estar presentes y ser enfocados y atendidos seriamente en cualquier proyecto público o privado que se plantee, además de que, naturalmente, deben ser solucionados en la situación y contexto actuales.

⁹ Independientemente de la opinión que uno tenga sobre las privatizaciones durante el gobierno del presidente Menem, en brevísimo lapso, luego de dicha privatización, cualquier particular podía tener teléfono, y se completó la instalación de teledisco nacional e internacional. ¿Por qué no se pudo hacer eso mientras hubo una empresa de telefonía estatal? ¿Por incompetencia? ¿Por falta de decisión? Y el argumento de que los teléfonos privatizados eran mucho más caros es muy relativo: salvo para la minoría de particulares que

servicios de pésima calidad, sin que ninguna fuerza política razonablemente popular se hiciera eco de la frustración generalizada al respecto¹⁰. Una economía que se había vuelto inviable¹¹ se combinó con una situación política que llegó a ser casi de guerra civil dentro del mismo partido gobernante (sin contar con las organizaciones guerrilleras fuera de dicho partido), y unas fuerzas armadas extraordinariamente retrógradas (con sustento ideológico dado por buena parte de la Iglesia institucional) para desembocar en el más sanguinario gobierno militar del siglo XX¹². Es decir, el desastre posterior a 1976 no nació de un repollo: dejando de lado sus causas políticas (guerrilla urbana, falta de compromiso de la sociedad con la democracia, notable incompetencia del gobierno de Isabel Perón), el golpe de 1976 - aparte por supuesto de la terrible persecución política- no hubiera podido producirse ante la indiferencia y/o impotencia de la sociedad y de su clase política¹³, sin una crisis económica

tenía teléfono, para las empresas terminó resultando más barato pagar un precio por minuto mayor para comunicarse a larga distancia que tener un empleado varias horas por día dedicado exclusivamente a esperar la obtención de la llamada.

¹⁰ Ese fenómeno fue parte de un proceso general de deterioro del papel del Estado, que fue (y es) muy conveniente para dar argumentos a quienes querían (y quieren) que el estado tenga el menor protagonismo posible. Eso tiene consecuencias: las privatizaciones a mansalva dispuestas durante el gobierno del presidente Menem pudieron llevarse a cabo sin mayor oposición debido al hartazgo de gran parte de la población ante la mala calidad (y mala atención) de los servicios. Si bien no se llamó a plebiscitos para aprobar dichas privatizaciones, es muy probable que, de haberse llevado a cabo, dichos plebiscitos hubieran arrojado una masiva adhesión a las privatizaciones (Menem siguió ganando elecciones varias veces más).

¹¹ Y antes de volverse inviable ya había gestado desastrosas consecuencias culturales: la ineficiencia de muchas empresas, públicas o privadas (no todas, afortunadamente), que no tenían que competir con empresas extranjeras modernas tecnológicamente, provocó la sensación, en buena parte de la sociedad, de que un producto, para ser bueno, tenía que ser importado. Por supuesto que esto era un prejuicio, que había (y hay) productos nacionales buenos y que se importaban (y se importan) productos de malísima calidad, pero el prejuicio impregnó toda la sociedad, y combatir ese prejuicio lleva tiempo (y acciones que convengan a la sociedad de que es, justamente, un prejuicio). Cuando durante la dictadura de 1976-83 se abrió con muy pocas restricciones la importación de productos, una porción no despreciable de la población (la que tenía posibilidades económicas de hacerlo) se dedicó a comprar artículos extranjeros que se hubieran podido perfectamente producir acá, y más baratos. Por ejemplo, diversos tipos de té. ¿Cómo es posible que no hubiera esos tipos de té un poco más sofisticados en un país productor nato (de buen té) como Argentina y hubiera que importarlos de Gran Bretaña, que ni siquiera produce té sino que lo importa de la India (por suerte no de Argentina), y le agrega valor? (Ahora, afortunadamente, varios de esos tipos de té se producen localmente.)

¹² El grado de disociación de las Fuerzas Armadas respecto del nivel de sofisticación de la sociedad urbana argentina fue previo al paroxismo de 1976-83. Como símbolo de dicha disociación es interesante mencionar la prohibición de la ópera *Bomarzo* durante el gobierno de Onganía, por atentar contra la moral: que el gobierno militar se indignara a causa de una ópera compuesta por un compositor católico y conservador, basada en un libro ambientado en el Renacimiento italiano escrito por un escritor perteneciente a la más tradicional aristocracia argentina, independientemente del ridículo internacional, muestra cuán lejos estaba esa minoría a cargo del país de representarlo culturalmente.

¹³ Basta recordar el discurso emitido por radio por el Dr. Ricardo Balbín, jefe del principal partido opositor, en los días previos al golpe militar del 24 de marzo de 1976, en el cual confesaba que no tenía propuestas superadoras de la situación (“Algunos suponen que yo he venido a dar soluciones y no las tengo”).

indicativa de que el proyecto de sustitución de importaciones estaba totalmente agotado.

Ahora bien, ¿cómo remontar esta situación? Si no se plantea una alternativa superadora, tanto socioeconómica como política -que, como se indicará más adelante, tiene que tener también una fuerte componente cultural-, existen tres alternativas a largo plazo para la Argentina:

- 1) **El statu quo.** Ninguna fuerza política ni corriente intelectual está en condiciones de presentar dicha alternativa superadora, o no existe consenso para la misma, y Argentina seguirá lentamente (o no tan lentamente) su camino descendente, tanto a nivel relativo respecto del resto de los países con los cuales puede compararse como, para peor, respecto de países con los cuales hace no demasiados años se suponía impensable compararnos, pues estaban muy por debajo de nosotros, con lo cual, lo que es aún más grave, a nivel absoluto cada vez estaremos peor¹⁴.
- 2) **Un intento modernizante autoritario.** En ese caso, no solamente tendremos gobiernos muy impopulares, sino que la experiencia argentina ya pasó por esa etapa y, en condiciones generales mucho mejores, fracasó estruendosamente (el gobierno militar 1966-1973, en algunas de sus variantes). No hay ningún motivo para pensar que en estas (o peores) circunstancias, tanto nacionales como internacionales, le puede ir mejor.
- 3) **Un intento modernizante mucho más autoritario aún, profundamente “anti-inclusivo”, o sea que trate de desembarazarse de lo que denominamos trabajadores informales.** Dado que el deterioro argentino es desigual, como indicamos antes, existe una masa de trabajadores que prácticamente no aportan al producto bruto interno más de lo que pueden obtener de él (o aportan menos)¹⁵. Si estos trabajadores fueran expulsados del país la economía no se perturbaría mucho. Es decir, si *pudieran* ser expulsados. Sin llegar a tanto, algo de eso hubo durante la dictadura militar 1976-1983, y también fracasó. Dadas las circunstancias externas e internas, las posibilidades de éxito de este siniestro proyecto serían (afortunadamente) prácticamente nulas.

¹⁴ Y, si el camino descendente se empieza a recorrer muy rápido, puede producir una crisis inmanejable.

¹⁵ Debe quedar claro que de ninguna manera esto significa responsabilizar a dicho segmento de la población, acusándolo de vagos, etc. La mayor parte de las personas en situación de informalidad, o que sobreviven gracias a planes sociales, con mucho gusto trabajarían entusiastamente si hubiera trabajo formal en el cual se pudieran insertar.

Siendo las alternativas 2 y 3 terriblemente repugnantes (y, por suerte, de difícilísima ejecución), ¿nos resignaremos a la alternativa 1? Al respecto, cabe la siguiente reflexión: ya se indicó que los conflictos políticos en Argentina en muchos casos superan ampliamente las tensiones económicas; a esto habría que agregar que se puede observar, en esos conflictos políticos¹⁶ -que por supuesto implican consecuencias económicas- una característica que influye en la decadencia argentina: el permanente *empate* a largo plazo. Ningún proyecto político hegemónico ha podido triunfar en el país (pese a que en muchos momentos una fuerza política, el peronismo, tenía rasgos marcadamente hegemónicos, y en otros momentos las fuerzas armadas ejercieron un poder bastante absoluto) y por consiguiente ninguna política económica ha podido tener continuidad o, más ampliamente, salvo casos puntuales aislados (durante muchos años la Comisión Nacional de Energía Atómica, por ejemplo) no han existido en Argentina políticas de estado consensuadas. Ningún agente político estuvo en condiciones de imponer su proyecto económico durante el tiempo suficiente para asegurar su éxito, pero todos los agentes políticos de relevancia estuvieron en condiciones, en la oposición, de bloquear proyectos ajenos.¹⁷

Simplificando groseramente, podemos decir que, en los treinta años terminados en 1975 o 1976, el crecimiento económico argentino tuvo graves falencias, que facilitaron su agotamiento, pero tuvo un efecto inclusivo considerable: en 1974 Argentina era el país de América Latina con menores desigualdades sociales (sin contar a Cuba, que era menos desigual que la Argentina, pero mucho más pobre y menos desarrollada), aunque su economía era cada vez más inviable. Concretamente, basada en la sustitución de importaciones¹⁸ y en

¹⁶ Un ejemplo paradigmático de este fenómeno es el pacto social Rucci-Gelbard, al comienzo del gobierno peronista surgido de las elecciones del 11 de marzo de 1973. Independientemente de si hubiera podido o no tener éxito -o tener éxito después de modificaciones surgidas debidas al contexto económico nacional o internacional- su fracaso se debió a razones claramente políticas: el asesinato de Rucci por parte de la organización guerrillera Montoneros, y la renuncia de Gelbard por presión de la extrema derecha peronista, que iba adquiriendo cada vez más poder, sobre todo después de la muerte del Presidente Perón el 1° de julio de 1974. En ese caso, además, el conflicto político fue *dentro* del mismo partido, lo cual es todavía más curioso. Ese pacto social fue el último intento de proyecto socioeconómico consensuado en el país. Y ya pasaron casi cincuenta años...

¹⁷ Es interesante observar que en muchas ocasiones los ministros a cargo de la economía, y sus colaboradores, eran respetados académicos con experiencia política y con sólidos conocimientos de los problemas estructurales de la economía argentina. Y, sin embargo, independientemente de su ideología, todos fracasaron.

¹⁸ Que, por otra parte, no solucionaban el problema de las importaciones industriales: la industria local siempre

el mercado interno, su productividad era baja, o los productos localmente desarrollados de insuficiente calidad como para ser aceptados en el mercado internacional (salvo los productos primarios, como ochenta años atrás, pero con la diferencia de que en el intervalo otras economías que habían estado muy por detrás de la Argentina ya la superaban, o estaban a punto de superarla; y la extraordinaria competitividad internacional de esos productos primarios, esencialmente agroganaderos, se debía en buena medida a la maravillosa fertilidad de la pampa húmeda¹⁹). Es decir, Argentina se había vuelto mucho más inclusiva²⁰, pero el gran avance económico no se había producido.

Después no hubo nada de eso. Suponiendo (con muy buena voluntad) que el plan económico de la dictadura militar 1976-1983 hubiera privilegiado el despegue económico vulnerando cualquier propósito de inclusión²¹ (en vez de ser simplemente una estructura para favorecer esencialmente al sector financiero, sin crecimiento económico detrás), ese presunto plan económico fracasó estruendosamente. Y después ningún gobierno constitucional puso en la agenda un plan concreto, que no consistiera exclusivamente de discursos patrióticos, por más

requirió insumos importados, lo cual llevó a la situación de que cuanto más crecía la industria local, más importaciones se necesitaban...

¹⁹ Combinada con un significativo aumento de productividad del agro que, curiosamente, no se vio en las actividades industriales “tradicionales”. Concretamente, la “revolución tecnológica” en el agro argentino, fundamentalmente en la década de 1990, fue extremadamente importante (y positiva, si exceptuamos el hecho de que el avance de la frontera agrícola y ganadera tuvo graves consecuencias ecológicas en algunos lugares). En este momento el sector agroalimentario no puede considerarse más como extractivo y “primarizado”. Nuestro país es en este momento tecnológicamente muy avanzado en insumos y procesos y altamente competitivo a nivel internacional en este aspecto, y esta ventaja competitiva es necesario mantenerla en el futuro. Y sobre todo es necesario analizar la cuestión agraria con criterios actualizados: nuestro campo es, desde el punto de vista de su estructura socioproductiva, bastante distinto de lo que era, por ejemplo, en la década de 1960.

²⁰ Eso no quiere decir que *antes* de la década de 1940 no fuera inclusiva: el extraordinario ascenso social de los inmigrantes, simbolizado por ejemplo por el Premio Nobel obtenido por el hijo de un inmigrante judío, se dio desde los comienzos de la inmigración masiva a partir de la consolidación de la organización nacional (antes de dicha consolidación los inmigrantes en general pertenecían a la clase media o alta desde su llegada en mucha mayor proporción que después de ella). La inclusión a partir del primer peronismo incluyó a sectores menos favorecidos (obreros urbanos, habitantes de provincias pobres, sobre todo los que se fueron instalando en las grandes ciudades) y además fue apoyada institucional y legalmente por el gobierno, cosa que antes no había sucedido; en general antes era a título individual (obviamente, permitida por los gobiernos, pero no fomentada muy activamente por ellos).

²¹ En ese sentido, el proyecto de la dictadura militar de Augusto Pinochet en Chile (partiendo de una economía mucho más primaria que la argentina) fue razonablemente exitoso (lo cual explica en parte la larga duración de la dictadura chilena, y la lentitud del proceso de democratización tras el fin de la dictadura); su falta de inclusión (pese a que en promedio el nivel de vida de la mayoría de la población mejoró sustancialmente) fue determinante en la masiva agitación popular de los últimos meses de 2019, que se interrumpió parcialmente con la aparición de la epidemia de coronavirus pero de ninguna manera desapareció (y de la cual dan cuenta los resultados de las recientes elecciones para reformar la Constitución).

sinceros que fueran éstos.²² O, para pensarlo en forma más general, la dirigencia argentina (política, económica, intelectual, cultural) no tiene un proyecto estratégico para el país, ni siquiera una visión de escenarios futuros realistas bajo distintas “condiciones de contorno”.²³ Al aumento significativo de la pobreza, de la marginalidad, de la informalidad, de la diferencia de ingresos entre una minoría²⁴ y una mayoría dentro de la cual una proporción importante de personas lucha permanentemente por no caer en la indigencia, se une un aumento notable del narcotráfico y de la inseguridad, un deterioro cada vez mayor de los ferrocarriles, la pérdida del autoabastecimiento de hidrocarburos, una notable decadencia de la educación pública²⁵, una burocracia estatal de baja calidad (lo cual no es de extrañar, porque cargos como Director Nacional, Director, e incluso a veces algunos de menor rango, que deberían ser ocupados por funcionarios de carrera designados tras concursos, son ocupados según afinidades políticas -e incluso amistades- e, independientemente de que en muchos casos los funcionarios son competentes, tienen una altísima rotación, con relevos debidos no solamente a cambios de gobierno sino, lo cual es todavía más grave, a cambios de ministros y otras autoridades), una fuga de cerebros, que no deja de aumentar²⁶, una macrocefalia cada vez mayor... y se puede seguir.

Y como emergente y símbolo del fracaso socioeconómico argentino figura la inflación, la tremenda inflación. Salvo algunos países con problemas muy particulares (Irán, Líbano,

²² Es decir, no hubo ningún plan *consensuado*. Desde la recuperación democrática se implementaron sólo dos planes: el Plan Austral y el plan de convertibilidad del Dr. Cavallo. Ambos fueron planteados desde los respectivos gobiernos sin consultar a la oposición (que probablemente los hubiera rechazado) y ni siquiera a muchos dirigentes de los respectivos oficialismos. Ambos fracasaron (mucho más rápidamente el Plan Austral). Es posible (aunque contrafáctico) suponer que un mayor nivel de consenso habría permitido en ambos casos una formulación con menos puntos débiles y también mayor capacidad para corregir errores, o para realizar modificaciones sustanciales cuando se consideraran necesarias.

²³ Algunos de esos escenarios muy factibles llevan a tener que plantear decisiones que, salvo que sean consensuadas, tienen escasísimas probabilidades de ser adoptadas. Por ejemplo, un sencillo análisis demográfico indica claramente que, dado que la población del país envejece continuamente (en el sentido de que la proporción de personas que llegan a la edad de jubilación es cada vez mayor) si no se eleva dicha edad de jubilación el sistema jubilatorio no cierra, por más que se reconvierta en un sistema muy ágil, transparente y eficiente. Y elevar la edad de jubilación es políticamente imposible salvo que haya un gran acuerdo entre las principales fuerzas políticas del país.

²⁴ Pero no una minoría insignificante, por supuesto.

²⁵ En la década de 1950, salvo algunos colegios privados católicos o muy elitistas, cuyos alumnos eran hijos de personas que querían ese determinado tipo de educación para ellos, los colegios privados (los “incorporados”, como se los solía llamar) tenían bajísimo prestigio y a ellos sólo iban quienes -en una época en que había examen de ingreso a la educación secundaria- no aprobaban el ingreso en ningún colegio secundario público. En este momento la tercera parte de los alumnos de colegios primarios y secundarios concurre, por muchos motivos, a establecimientos privados: la educación en Argentina se ha vuelto más clasista.

²⁶ Incluso algunas repatriaciones, independientemente de lo positivas que son, se debieron a crisis económicas (en particular la de 2008) de los países donde habían intentado radicarse.

Venezuela), todos los otros países del mundo solucionaron el problema de la inflación. ¿Por qué Argentina no? Aparte del daño psicológico en la sociedad, la imposibilidad de tener una moneda propia -es absolutamente irreal pedirle a quienes pueden ahorrar que lo hagan en pesos y no en dólares, sean éstos enviados al exterior, o depositados debajo del colchón²⁷ (cuanta más inestabilidad haya en la economía, más difícil es que quienes puedan ahorrar depositen montos significativos en dólares en bancos locales, que sería la menos mala de las alternativas “no en pesos”)- impide poder hacer proyecciones económicas realistas a mediano plazo (ni hablar del largo plazo)²⁸; además, la oferta (y demanda) de crédito a largo plazo, sobre todo individual, para, por ejemplo, comprar una propiedad, es casi inexistente en nuestra economía inestable. A eso se suma el costo en ineficiencia productiva debido, por un lado, a que muchas empresas están más atentas a analizar posibilidades de beneficios de acuerdo a suposiciones inflacionarias (o sobre eventuales cambios del valor del dólar) que a analizar estrategias de eficientización de su producción²⁹ y, por el otro, a que exista permanentemente una porción no desdeñable de la población económicamente activa destinada exclusivamente a cambiar precios o a hacer negociaciones salariales con una frecuencia insólita en países de economías estables. Aparte de eso, el impacto de la inflación en las capas más económicamente débiles de la población es particularmente negativo (las clases media alta y alta se irritan con la inflación, pero tienen manera de evitar en buena medida sus perjuicios, comprando dólares o propiedades, especulando financieramente, etc.;

²⁷ Lo cual, obviamente, implica que una considerable cantidad de dinero que podría aplicarse en nuestro país a inversiones productivas queda neutralizada o, lo que es peor, se aplica a inversiones productivas... en otros países. Y otra considerable cantidad de dinero se aplica a inversiones exclusivamente especulativas.

²⁸ En particular vale la pena mencionar el costo enorme que la alta inflación tiene en las licitaciones públicas: como están -muy razonablemente, en general- sujetas a procesos que llevan determinados tiempos imposibles de reducir, en muchos casos las licitaciones quedan desiertas, o se pueden comprar menos ítems que los previstos, o llevar a cabo menos obras que las comprometidas, lo cual implica nuevas licitaciones o negociaciones, etc., con significativa pérdida de tiempo y dinero. En el caso de los subsidios a investigadores científicos o tecnológicos, eso usualmente implica reducción de compras necesarias y, por consiguiente, atrasos científicos o tecnológicos que de ninguna manera se deben a carencia de recursos humanos para llevar a cabo las investigaciones. Y a ese altísimo costo debe sumarse, aunque es mucho más difícil de medir, el costo psicológico en desaliento, desazón, pérdida de interés y entusiasmo, etc.

²⁹ Esta conducta, desgraciadamente, es bastante razonable por parte de las empresas: dado que es muy difícil prever los sobresaltos de una economía patológicamente inflacionaria, y por consiguiente preparar planes de negocios a largo plazo, o directamente estrategias a largo plazo, las empresas consideran que es más fácil tener una probabilidad alta de rentabilidad prestando atención a posibilidades especulativas (sin hablar de la importancia que tienen en esa necesidad de información puntual sobre fluctuaciones financieras los contactos oficiales convenientes, lo cual ayuda enormemente a la existencia de un “capitalismo de amigos”). Concretamente, la inflación “a la Argentina” promueve la especulación y provoca que una importante porción de capital que podría -y debería- estar dedicado a la inversión productiva no lo esté.

los sectores menos favorecidos están siempre en una carrera contra la inflación que usualmente pierden)³⁰. Toda esta situación favorece la evasión impositiva, que es agravada por otro fenómeno ya indicado (en el cual la inflación, como está comentado más arriba, también tiene su influencia): como la informalidad aumenta, la proporción de personas y empresas que pagan impuestos se reduce, lo cual provoca que es necesario aumentar los impuestos, lo cual a su vez induce a más responsables impositivos a evadir... y así se va creando no un círculo vicioso sino una espiral viciosa.

Lo más grave es la internalización cultural de la inflación, y cómo representantes de ideologías que se dicen progresistas no tienen ningún inconveniente en defenderla³¹, pese a que afecta especialmente a aquéllos cuyos intereses dicen defender. Por otra parte, si no se incluye la eliminación de la inflación en cualquier proyecto a largo plazo, el proyecto fracasará. Más aún, sin un plan orgánico y consensuado al respecto, no es de descartar que, dado que la convertibilidad falló (con un costo socioeconómico atroz), el plan sencillo y brutal futuro pueda ser directamente la dolarización, de la cual salir es mucho más difícil y a un costo social y económico aún mayor³².

Es decir, desde que se restableció la democracia en diciembre de 1983, el único tema en el cual Argentina ha experimentado avances (y avances considerables, que en ciertos temas provocan admiración en el exterior) es en todo lo relacionado con legislación (y conciencia ciudadana) de derechos individuales (legalización del divorcio vincular y de matrimonio entre personas del mismo sexo, reconocimiento de derecho al cambio de sexo, y recientemente, después de una larga lucha, la legalización de la interrupción voluntaria de embarazo) y de derechos humanos³³, aparte de una modernización democrática de la

³⁰ Entre otras causas, el “impuesto inflacionario” no es despreciable para inflaciones altas, y por supuesto perjudica más a los sectores más humildes.

³¹ O al menos de no atacarla, probablemente por temor a ser acusados de querer un “ajuste” en desmedro de las clases más desfavorecidas de la población. Por supuesto que un “ajuste” a secas, aislado de otras medidas económicas y sociales, es regresivo: pero un proyecto socioeconómico consensuado y a mediano y largo plazo *tiene* que incluir la reducción de la inflación a niveles normales en el resto del mundo.

³² Ya ha habido artículos al respecto en algunos diarios argentinos.

³³ Si bien en muchos casos esos avances legislativos no se han efectivizado en la práctica cotidiana (en particular en los sectores más postergados en la práctica se cumplen poco), el solo hecho de que estén asumidos, y de que eventualmente las autoridades y fuerzas de seguridad que los violan no tienen garantizada la impunidad, es un avance significativo en un país que registró miles de desaparecidos, exiliados, y presos torturados durante la dictadura militar 1976-1983, sin contar con situaciones anteriores:

Constitución. En prácticamente cualquier otro parámetro de desarrollo que se tome Argentina ha retrocedido, o ha aumentado mucho menos que la mayor parte de los países con los cuales tiene sentido compararla³⁴. O sea, se puede observar una constante: a partir de 1943 primero los derechos sociales y, a partir de la restauración democrática, los derechos humanos y los derechos individuales, fueron aumentando firmemente y consolidándose, pero la estructura socioeconómica -a partir de 1975- fue deteriorándose cada vez más. Lo que es importante resaltar es que de ninguna manera es (o era) obligatorio que fuera así; de ninguna manera se puede -ni se debe- creer que el “costo” de asegurar derechos a los habitantes de nuestro país es sacrificar la economía o, viceversa, que para avanzar socioeconómicamente es necesario sacrificar los derechos de los habitantes de nuestro país. Con menos errores económicos se pueden asegurar ambos objetivos, y es lo que se deberá hacer lo antes posible, partiendo, eso sí, de condiciones iniciales mucho peores, lamentablemente, que las que existían cuando comenzaron los treinta años finalizados en 1975-76, e incluso las que existían cuando terminaron dichos treinta años.

Por supuesto que hay “islotos” muy competitivos internacionalmente, relacionados con ese casi 10% de los ocupados ya mencionado. INVAP es un ejemplo, hay empresas privadas que pueden diseñar satélites o que desarrollan productos farmacéuticos de gran calidad, etc.³⁵. Pero son islotos (y algunos de esos islotos terminan radicándose en el extranjero, total o parcialmente³⁶). Aparte de que por su propia estructura y dinámica se desenvuelven en un modo independiente de la evolución de la informalidad estructural o del trabajo legal masivo

basta observar que el país vivió bajo estado de sitio durante gran parte del período anterior a 1976, y en la actualidad la sola idea de declarar el estado de sitio puede ocasionar una crisis de profunda gravedad.

³⁴ Es interesante observar que los muy positivos avances en derechos individuales y humanos no tienen, en principio, costos o beneficios económicos significativos, o sea también en este caso el progreso fue independiente de cualquier consideración de proyecto económico.

³⁵ Incluso la ciencia argentina (o parte de ella) podría en algún sentido considerarse también uno de esos “islotos” internacionalmente competitivos. Su condición de islote se refleja en el poco impacto que tiene en el entramado de la economía argentina, como se ve, por ejemplo, en la escasez de patentes internacionales originarias de Argentina.

³⁶ En algunos casos no hace falta que se radiquen en el extranjero. La gran cantidad de actividades de exportación que se pueden hacer mediante teletrabajo (software, consultorías, etc.) facilitan algo aún más perjudicial para la economía argentina: que las personas o empresas dedicadas a dichas actividades abran cuentas (legales o ilegales) en el extranjero, y que su facturación en dólares, que debería representar exportación, sea pagada con depósitos en dichas cuentas, que no ingresan por consiguiente al país. La ya mencionada inflación, y -en la actualidad- las restricciones cambiarias incentivan estas prácticas, que, con la evolución de internet, son cada vez más difíciles de impedir.

pero ineficiente, nos podemos poner muy orgullosos de ellos (lo cual está muy bien, por supuesto) pero no debemos dejarnos llevar por dicho orgullo: en última instancia (y sin querer hacer comparaciones) Corea del Norte tiene armas nucleares, y proyectiles que las pueden enviar para hacerlas estallar bastante lejos, lo cual indica que, como “islote”, logró desarrollar una tecnología avanzada y compleja. Pero allí en la década de 1990 hubo una hambruna espantosa (sin olvidar que es un estado policíaco). No queremos eso para Argentina. Y aparte, un buen desempeño de esos islotes no constituye una condición suficiente para solucionar el problema de los ocupados en actividades informales y, menos aún, de aquéllos que han sido expulsados del mercado de trabajo (desocupados). Sólo un proyecto socioeconómico consensuado en sus pautas principales, y a largo plazo, puede convertir a nuestro país en un país simultáneamente desarrollado e inclusivo.

Creo que es evidente que el problema fundamental de Argentina es político, no económico: por un lado, el ya mencionado “permanente empate” desgastante que hace que el opositor esté siempre, a la larga, en condiciones de bloquear al que gobierna; por otro lado, dentro mismo del partido que gobierna, en general no hay un programa realista y realizable; en tercer lugar, la débil institucionalidad, culturalmente aceptada por buena parte de la población³⁷; en cuarto lugar, un odio tan intenso de sectores fundamentalistas (pero no insignificantes, ni mucho menos) de cada grupo contra los del otro grupo, de modo tal que cualquier diálogo es escarnecido. O sea, dado que si buscamos la solución tenemos que entender el problema, no habrá solución posible socioeconómica, que simultáneamente sea inclusiva y permita crear y consolidar una sociedad desarrollada y con producto bruto creciente (y competitivo internacionalmente), sin un mínimo consenso de las fuerzas políticas respecto de ciertos postulados básicos³⁸. No la habrá, porque la solución de nuestros problemas será indefectiblemente a largo plazo, y no es posible una política a largo plazo si después de cada

³⁷ Esa institucionalidad débil se refleja incluso en la aceptación como “natural” de fenómenos que no son para nada naturales. Por ejemplo, Argentina es el único país del mundo en el cual en general los simpatizantes de equipos visitantes no pueden concurrir a un partido de fútbol. Y no hay una exigencia popular, o política, para solucionar esta situación absurda. En la década de 1980 la violencia en su fútbol llevó a que las autoridades británicas tomaran una serie de medidas drásticas, que tuvieron el resultado esperado. O sea, *se puede* solucionar el problema de la violencia en el fútbol que llevó en nuestro país a la prohibición de concurrencia de simpatizantes de equipos visitantes.

³⁸ Obsérvese que la necesidad de un cierto consenso no se basa en criterios morales del tipo “amaos los unos a los otros” sino en un enfoque pragmático: sin ese consenso no hay solución.

elección nacional se corre el riesgo de que el proyecto sea anulado por el futuro gobierno (sin considerar además que respecto de la inclusión no hay corto plazo posible). Pero, además, a ese problema político se suma (o dicho problema origina) una carencia total de planes económicos estratégicos a largo plazo³⁹.

Ahora bien, nuestra historia, reciente, y no tan reciente, muestra que no se puede hacer un plan socioeconómico sin un mínimo consenso de los principales agentes políticos, sociales y económicos involucrados. Dicho presunto consenso solucionaría el aspecto *político* de dicho plan, pero para plantearlo desde el punto de vista socioeconómico, o sea, para establecer sus líneas esenciales y evaluar su viabilidad (técnica), es necesario indicar sus objetivos: es difícil llegar a buen puerto si no se sabe cuál es éste. Planteo acá objetivos mínimos que deberían ser consensuados, sin que el orden indique obligatoriamente su prioridad (entre otras cosas, porque todas son condiciones a mi juicio indispensables y están interrelacionadas):

- 1) Solucionar el grave problema actual de exclusión social (informalidad, precariedad, etc.); por supuesto por una cuestión ética: no puede haber en ningún país (y menos en un país con la riqueza agropecuaria de Argentina) miseria e indigencia; pero además por una cuestión económica y política: el país no resiste un desarrollo que no solucione los problemas de exclusión social;
- 2) Crear una estructura industrial viable que sea competitiva internacionalmente, para lo cual deberá agregar sustancialmente valor a sus productos, o sea deberá “desprimarizarse”, y que ocupe a una porción significativa de la población económicamente activa, población que deberá estar además adecuadamente preparada desde el punto de vista educacional;
- 3) Desarrollar una política de educación y capacitación amplia para llegar al objetivo de que todo ciudadano tenga enseñanza secundaria aprobada, pero realmente aprobada: la idea no es el “egreso irrestricto”⁴⁰ de la escuela secundaria sino el egreso con

³⁹ Esto sí es una característica del regreso de la democracia: los treinta años terminados en 1975 o 1976 tenían un plan económico (el que llamé, para simplificar, de “sustitución de importaciones”) así fuera muy vago y general; los gobiernos conservadores fraudulentos 1932-1943 también, aunque al final de su ciclo la inercia y la falta de visión estratégica de sus líderes (y de sus representados) no consiguieron hacer aprobar el plan Pinedo.

⁴⁰ Que ni siquiera se logra ahora debido a la alta tasa de deserción estudiantil.

- conocimientos acordes a planes de estudio sólidos y ambiciosos; de hecho, no se podrán cumplir los puntos 1) y 2) anteriores sin el cumplimiento del punto 3);
- 4) Recuperar la autonomía energética, con especial sesgo en energías no contaminantes, para lo cual -bajo inversiones tecnológicas que aseguren su seguridad y confiabilidad- el aprovechamiento de la energía nuclear es indispensable, dado que las energías no contaminantes intermitentes (eólica, solar) no están en condiciones, bajo ninguna hipótesis de crecimiento, de cubrir la demanda;
 - 5) Fomentar la redistribución demográfica e industrial, en el sentido de neutralizar la macrocefalia actualmente existente, tanto demográfica como industrial, en el Área Metropolitana Buenos Aires (AMBA)⁴¹;
 - 6) Recuperar el transporte ferroviario como herramienta básica para el transporte de carga de larga distancia nacional y el transporte de pasajeros de distancias para las cuales un buen servicio compite favorablemente con el transporte aéreo, y, más ambiciosamente aún, establecer un sistema de transporte multimodal que optimice costos y disminuya tiempos de viajes;
 - 7) Reducir la inflación a niveles comparables con los de los países desarrollados;
 - 8) Desarrollar una burocracia estatal eficiente, moderna, y con normas y protocolos modernos y eficientes⁴², desacostumbrando a la sociedad de la idea de que en muchos casos la burocracia estatal es un seguro de desempleo;
 - 9) Apoyar especialmente a algunas provincias particularmente dañadas por su evolución socioeconómica, en las cuales casi la única actividad (de supervivencia) es el empleo público, con el fin de que se creen en ella emprendimientos productivos y generadores de trabajo, públicos y privados;
 - 10) Solucionar los graves problemas de contaminación de todo tipo existentes en el país, especialmente en los conglomerados urbanos;

⁴¹ Entre otras medidas, el traslado a ciudades del interior de las sedes centrales de agencias y organismos del Estado es una idea cuya factibilidad (bajo razonables condiciones) debe discutirse.

⁴² Como pintoresco símbolo de la ineficiencia burocrática fácilmente solucionable (como finalmente lo fue, pero después de muchos años) recuerdo que, en la década de 1950, durante mi niñez, si alguien tenía que enviar una carta certificada tenía que hacer *dos* colas: una para saber el costo (de acuerdo a su peso) del estampillado de dicha carta certificada y otra para pagar... en última instancia, ese tipo de ineficiencia (socialmente aceptada) contribuyó en alguna medida al derrumbe de 1975-76. Y más cerca en el tiempo, en la década de 1970 sólo se podían hacer en un banco cualquiera hasta *cinco* extracciones de caja de ahorro por mes, sin que ningún obstáculo técnico impidiera hacer más extracciones...

- 11) Cuidar que la actividad productiva y comercial, actual y futura, se lleve a cabo en forma que paulatinamente vaya convergiendo a la sustentabilidad ambiental (ahora en muchas áreas eso no se cumple).

Ninguno de estos puntos puede ser llevado a cabo aisladamente. Es necesario un proyecto global que los incluya, porque están interrelacionados: cualquier intento parcial de enfocar los graves problemas del país sólo llevará, como la experiencia indica, a generar “parches” que, a la larga, se tornan inoperantes. Por otra parte, es evidente que, para llevar adelante un proyecto ambicioso como éste, es necesario un consenso mínimo entre las principales fuerzas políticas y los agentes económicos, sociales, gremiales y culturales del país. Es imposible, y probablemente lo sea durante mucho tiempo, plantear un proyecto hegemónico de un grupo reducido de fuerzas políticas o agentes, cualesquiera sean sus objetivos, si ese consenso no se logra. Más aún: sin consenso continuará la caída del país⁴³. Y cuanto más se demore ese proyecto consensuado, más grave será la situación, y más difícil solucionar los problemas. Porque en algunos temas, además, algunas ventajas comparativas que tenemos se pueden perder: por ejemplo, es perfectamente posible que en unas pocas décadas deje de ser factible aprovechar nuestra riqueza petrolera (Vaca Muerta), porque la licencia social para la producción de hidrocarburos se extinga en el mundo, ayudada por supuesto por el desarrollo considerable de la producción de otro tipo de energía.⁴⁴

Obsérvese además que, para sectores política, económica y socialmente significativos, una demanda tradicional es la de “seguridad jurídica”. Pues bien, la seguridad jurídica está asociada a un proyecto mínimo consensuado, en el sentido de que sin dicho proyecto es difícil garantizar seguridad jurídica (suponiendo que se intente) y, recíprocamente, tal proyecto consensuado prácticamente asegura dicha seguridad jurídica.

⁴³ Concretamente, se están sugiriendo líneas para esbozar un proyecto concreto y factible de país, que requiere una planificación inexistente desde hace muchos años en los planes de las distintas fuerzas políticas.

⁴⁴ Este comentario naturalmente se presta a profundas discusiones: puede entenderse como intentar aumentar la contaminación mientras nos lo permitan. En todo caso, estoy mencionando una variable estratégica lo suficientemente importante como para ser tenida en consideración en cualquier planificación a largo plazo que se intente. Es decir, es importante que, cuando pasen esas décadas, si no aprovechamos nuestras reservas de hidrocarburos, que haya sido por una decisión propia y consensuada y no porque no lo pensamos ni discutimos y el mundo nos impuso por su cuenta sus prioridades. Por supuesto que lo que pase en el mundo no lo decidimos nosotros, pero nuestro papel no puede ser exclusivamente pasivo, sin habernos preparado para ninguna contingencia externa (y muchas de esas contingencias externas son perfectamente previsibles).

Pero aparte de estos puntos, hay algo que, en mi opinión, también tiene que cambiar, pues para conseguir modificaciones en el funcionamiento de una sociedad (y de sus dirigentes) que lleven a metas anheladas, tienen que haber también cambios culturales en dicha sociedad, y los cambios culturales no se pueden producir por decreto: tenemos que exportar productos internacionalmente competitivos, y ello es contradictorio con el “vivir con lo nuestro”, por más que por supuesto tiene que haber garantía de que ciertos productos estratégicos, aunque no sean competitivos internacionalmente, tienen que producirse localmente por razones de seguridad nacional (en el buen sentido de esa expresión, que desgraciadamente trae malos recuerdos por su uso durante la última dictadura militar)⁴⁵. Y el cambio cultural tiene que comenzar con que la mayoría de la sociedad argentina se haga, tratando de contestarla racionalmente y no por impulsos emotivos, la pregunta clave (que, por supuesto, se la han hecho, y se la han respondido, muchos economistas e historiadores económicos, pero, desgraciadamente, siempre en comunidades aisladas, sin que haya habido “percolación” a sectores importantes de la sociedad): ¿Qué pasó con Argentina? ¿Qué hicimos mal? En los treinta años terminados en 1975 o 1976 Australia y Canadá, naciones con las cuales Argentina se podía comparar, tanto por extensión, por riquezas naturales, por demografía, como por muchos factores más (y se comparaba favorablemente), se convirtieron en naciones desarrolladas. Y en los siguientes treinta años ese paso lo dieron Corea del Sur, Taiwán e Israel, en situaciones mucho más complicadas que la nuestra: no tenemos amenazas militares externas... Naturalmente, para cada uno de estos países se puede encontrar una explicación particular, que indique condiciones que en Argentina no existieron o no existen. Pero me resisto a creer que sólo hubiera sido posible el desarrollo socioeconómico bajo las

⁴⁵ El uso de determinadas palabras o expresiones, o la desconfianza respecto de las mismas, también tiene bases culturales que pueden significar más de lo que parecen: por ejemplo, ¿por qué tenemos que tener miedo de usar la palabra “eficiencia” cuando nos referimos a la actividad productiva? ¿Por qué le “entregamos” esa palabra a una minoría que no tiene el menor interés en un proyecto inclusivo de crecimiento armónico? ¿Por qué no aclaramos la diferencia entre “rentabilidad” y “eficiencia”? Una empresa (no sólo pública, también privada) puede ser rentable y eficiente, rentable e ineficiente, no rentable y eficiente y no rentable e ineficiente. Se pueden dar las cuatro alternativas. La empresa, si es del Estado (y si es privada también, obviamente), tiene que ser eficiente. Pero su rentabilidad o no depende de muchos otros factores, y puede perfectamente haber una justificada decisión política para que no sea rentable. Macroeconómicamente hablando, sería una transferencia de ingresos de un sector económico a otro (o a otros). Análogamente, ¿por qué entregamos la palabra “seguridad” a esa misma minoría, cuando, como siempre, los sectores más afectados y perjudicados por la inseguridad son los sectores más marginados de la población?

condiciones particulares de alguno de esos países. Y, por supuesto, no hay nada genético que nos desfavorezca respecto de esas naciones. Algo debemos de haber hecho mal *nosotros*.

Para resumir, conviene en este párrafo final citar palabras de un artículo de Juan José Llach, ya mencionado indirectamente, sobre el plan Pinedo: “Pese a tratarse de la propuesta más elaborada y más integradora que el excluyente régimen político instaurado en 1930 pudo ofrecer al país, el Plan fue derrotado políticamente. Este fracaso no fue el producto de las virtudes o defectos del Plan, ni de sus evidentes vacilaciones, ni de nada que le fuera intrínseco. Por el contrario, fue el elevado precio que la élite gobernante debió pagar por su incapacidad para forjar en su momento una alianza social y política más amplia y capaz de dar respuestas más tempranas a las dificultades de tipo estructural que afrontaba el desarrollo de la economía argentina y a los ‘catálogos de peticiones’ que se venían acumulando desde la Primera Guerra.” Si cambiamos “plan Pinedo” por una caracterización de la situación actual, esas palabras, válidas para 1940, lo eran por supuesto cuando ese artículo fue publicado en 1984 y siguen siendo válidas ahora. Es triste que en todos estos años no hayamos podido consensuar un proyecto de crecimiento inclusivo. Y lo más grave es que, desde hace más de cuarenta años, no hay ni siquiera crecimiento sin inclusión, o inclusión sin crecimiento. Hay cada vez más decadencia, y cada vez más exclusión.

Pablo M. Jacovkis

27-6-2021